

EL ARCO

Núm. 319 Cartagena 21 Enero 1921 Año XIV

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

¿Cuál es la verdadera causa del malestar del mundo?

Dijo un sabio: «Remedo y figura del mundo eterno es el mundo perecedero en que vivimos: si están los hombres en Dios, están en el cielo; si lejos de El, en el infierno».

He aquí en pocas, pero acertadísimas palabras, explicada la verdadera causa del malestar del mundo; no puede darse otra explicación más exacta y verdadera.

Hay que desengañarse, hay que abrir los ojos a la verdadera luz: la falta de Religión, la ausencia de Dios en la sociedad moderna, es la causa y origen de todos nuestros males sociales, de todos nuestros infortunios, de la pérdida de la verdadera libertad, del caos en que nos encontramos. Y Dios quiera que no se cumpla aquello de «*Abyssus abyssum invocat*».

No necesitamos más que dar una ligera mirada hacia lo pasado para convencernos de que si los pueblos de la antigüedad obraron en su totalidad del modo más brutal y despótico, no reclinando entre ellos más justicia que la ley de la fuerza; si el género humano hubo momento en que, desnaturalizado por el vicio y la barbarie, rebasó hasta los mismos límites de la ferocidad más desvergonzada; si la esclavitud absorbía a la mayor parte de los racionales, siendo tenidos en calidad no de personas, sino de meras cosas, y no teniendo por lo tanto ni siquiera voluntad libre ni derecho al propio honor; si del modo más inhumano los esclavos, nada menos que en tiempo de los Césares, tiempo de progreso y de luz, eran azotados crudelmente en la ergástula para divertir y abuyentar el mal humor de los señores; si Agripa hace adorar, levantándole templos, a su caballo «*Inocitato*» y comete las mayores atrocidades, dejándose llevar de los más locos delirios de deshonestidad, sangre y liberalidad; si Agripina envenena a Claudio para brindar la corona a su hijo Nerón, y éste corresponde después con mandar

darle muerte, y repudia a Octavia para tomar por esposa a la infame Poppa, mandando dar muerte a su esposo Británico y a un sinnúmero de augustales; y si, finalmente, el mismo Nerón incendia la Ciudad Eterna, persigue a los cristianos del modo más cruel para disculparse del incendio y comete los mayores descastos, mereciendo por ellos el justo renombre del mayor de los criminales, fué tan sólo porque, tanto para él como para sus antecesoras, no había Religión; los dioses del Imperio, hijos de la fábula, no eran más que simples figuras retóricas; la divinidad estaba reducida a sus personas, constituyéndose en seres superiores a todos los demás, en virtudes incontrovertibles y en árbitros, en fin, de todo. No había en ellos noción de la humildad, no de la caridad, no de la castidad, no de la justicia, no de la autoridad; mucho menos de la verdadera libertad ni de ninguna de las virtudes evangélicas, verdadero credo del Cristianismo. Estaban desposeídos sus corazones en los afectos, sus mentes en los raciocinios y sus voluntades en los actos, de todo espíritu verdaderamente religioso: cuando más todo era superstición, duda e hipocresía.

Si nos echáramos a un horizonte más reducido, a los tiempos medievales y modernos, veremos de una sola mirada que si el orgulloso Lutero levanta la bandera de la herejía protestante, engañando a sabiendas a la Europa entera y produciendo con ello un tremor religioso y político, que tiene por resultado la destrucción y el caos más espantoso; si Enrique VIII tira el suelo inglés con la sangre de cuatro de sus mancobas y con gran número de sus honrados súbditos; si su hija Isabel, modelo de despotismo, orgullo, hipocresía y vanidad, se sienta sobre dos tronos usurpados que tienen por plataforma un montón de cadáveres y por dosel un lienzo, no de púrpura sino de sangre inocente que se levanta sobre su cabeza, pidiendo justicia; si Antonio Pérez asesina a Escovedo, envenena al Caballero de León y tiene su guñedo de la manera más escabrosa al más prudente de los reyes; si

la revolución francesa da al traste con el trono francés, sobre cien reyes alimentado, se ocea con la sangre y despojos de toda la gente honrada, dejando en pos de sí una estela de destrucción y ruinas; si el mal llamado rey Caballero llega en su desenfreno más allá que Attila, pues no respeta al más augusto de los soberanos que el bárbaro respetó, y se adueña del trono más sagrado; si la llamada guerra europea ha dejado temblantes a todas las que se registran en los anales de la Historia; si el bolchevismo reinante ha sabido echar por los suelos los tronos más arraigados, sabe hacer bambolear los que quedan en pie ha sabido pisotear las coronas más bien fundidas y sabe, finalmente, sembrar por doquier el desorden, la destrucción, el caos más espantoso, es precisamente por la ausencia de Dios en la sociedad, por el materialismo reinante, por el liberalismo desenfrenado, por el orgullo y falta de caridad cristiana en los desecros, por la ausencia de sumisión y resignación religiosa en los de arriba, por ausencia de la moral, por el gradual indiferentismo religioso que todo lo invade, porque, finalmente, según dijo un célebre orador, «*suñan los partidarios del naturalismo y modernos redentores en progresos a todas luces, quiméricos, engañosos, imposibles*»; imaginan que la humanidad, merced a las ciencias, a las libertades y a la industria, llegará a vivir un día venturosa sobre la tierra, mientras que ellos viven, desconocen y niegan que el factor principal y seguro e indifundible regulador del progreso es la Religión cristiana, sin la cual la filosofía se convierte en escepticismo la ciencia en negación, el entendimiento en fábrica de errores, el arte en corrupción, la riqueza en sensualismo, la pobreza en conspiración, el ingenio en estufo, la industria en explotación, el comercio en engaño, la autoridad en despotismo, las leyes en cadenas, el Poder en opresión y la libertad en caos, aislamiento y disolución».

Dios puso leyes al mundo físi-

co; hasta ahora hemos visto que ni un ápis se ha separado de ellas; de lo contrario, ya hubiera vuelto al caos primitivo.

¿Cómo, pues, habiendo puesto Dios igualmente leyes morales, habiéndose separado el hombre de ellas, no ha de venir el caos? ¿Cómo darse salvación posible fuera de ellas?...

El estado de la sociedad; presente es gravísimo, y si todavía se mantiene, aunque jadeante, en pie, es debido a las pocas almas santas que, cual Moisés, con los brazos levantados, detienen las iras divinas. ¡Ay del día en que este reducido número de justos desaparezca, y no se encuentren, como en Sodoma, ni los diez justos que para su perdón se le exigen!

Hoy, en que todos quieren constituirse en gobernantes y jefes de partido; hoy, en que unos dicen que seríamos libres y dichosos si la corona real saltase hecha pedazos y si el último rey fuese ahorcado con las tripas del último de los Papas; otros, que si la opresión burguesa desapareciera; éstos, que si no sufriendo más éste o aquél Ministerio; aquéllos, que si las cárceles son el mayor de los instrumentos de la moderna tiranía; hoy, en que por todas partes se oyen los desahorados gritos del compadecido corona, apartad de nuestras cabezas la espada de ese soldado, bombardead ese pueblo, soldad con una mordaza los labios de esos escritores atrevidos; hoy, en que, hablando a las ostras, ya no se apunta el revólver ni a la testa coronada ni a la que de este signo carece, sino a la autoridad, lánzase al que la ejerza rey, ministro o presidente; hoy, en que, por huir del despotismo del centro de un soberano, se tropieza con los puñales de mil tiranos que asesinan en nombre de la libertad; hoy es cuando menos se reconocen que la libertad sólo dimana de la Religión, y que Jesu cristo es el único libertador, cumpliendo las duras condiciones de la esclavitud antigua; hoy es, finalmente, cuando no hay castigo que, dirigiendo una mirada hacia el Gógoth, preste atento